

**EL ARTE
DE SABER
VER**

**MANUEL B. COSSÍO,
LA INSTITUCIÓN LIBRE DE
ENSEÑANZA Y EL GRECO**



La dulce nostalgia de los olmos

COSSÍO EN EL CIGARRAL
DE MARAÑÓN

Gregorio Marañón y Bertrán de Lis

Para Marañón, que había perdido a su madre cuando apenas tenía tres años, algunos amigos coetáneos de su padre desempeñaron un papel determinante en la conformación de su concepción de la vida. Son personalidades muy destacadas, a las que podemos considerar sus maestros de referencia.

Siendo niño aprendió de Menéndez y Pelayo y de Galdós la alta virtud de la tolerancia, y don Benito, además, le descubrió Toledo, desvelándole los secretos más recónditos de la ciudad; con él ascendió también a los cigarrales, entre ellos al de Menores, que tan fundamental sería luego en su vida. Miguel de Unamuno fue para Marañón muy tempranamente una referencia intelectual y ética, dejando en los jardines del Cigarral huella de sus inolvidables lecturas.

La relación de Manuel B. Cossío y Gregorio Marañón es menos conocida. Sin embargo, Cossío también contribuyó

Gregorio Marañón contemplando
Toledo desde lo alto de su Cigarral, 1947.
Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio
Marañón, Madrid.

al conocimiento que Marañón tuvo de Toledo, llevándole de su mano hasta el Greco, y reforzó con su ejemplo e ideario el profundo sentido liberal que le caracterizó siempre. Transmitió a Marañón su amor crítico por España desde el mejor de los impulsos regeneracionistas y, como el más eminente pedagogo de su tiempo, modeló a quien sería un extraordinario maestro en la práctica clínica, en la cátedra universitaria y en el ejercicio de su compromiso cívico.

Cossío escribió una breve guía sobre Toledo que Marañón conservaba llena de anotaciones. Se trata, en palabras de Manuel de Terán, de «la más aguda, más sabia y emotiva introducción al conocimiento enamorado de Toledo». Cossío abre esta obrita afirmando que «Toledo es la ciudad que ofrece el conjunto más acabado y característico de todo lo que han sido la tierra y la civilización genuinamente españolas. Es el resumen más perfecto, más brillante y más sugestivo de la historia patria... Por esto, el viajero que disponga de un solo día en España, debe gastarlo sin vacilar en ver Toledo». También recomienda Cossío a quien aspire a contemplar el conjunto de Toledo en armoniosa identificación con su paisaje que suba a los alcores de los cigarrales.

Cuando Marañón compra el Cigarral de Menores, en 1922, una de las primeras personas que lo visita es Cossío. Fue a un almuerzo al que también concurrieron Luis de Zulueta y Fernando de los Ríos. Como recordaría Zulueta en una carta escrita en los años más duros del exilio, «hablábamos ese día del porvenir de España y la reforma espiritual de nuestra patria. Todo ello me parece [...] de más



Toledo en el crepúsculo, desde los negrillos del Cigarral de Menores. Imagen publicada en el libro *Elogio y nostalgia de Toledo*, de Gregorio Marañón, Madrid, Espasa-Calpe, 1941.

El Cigarral de Menores, adquirido y restaurado por el doctor Gregorio Marañón en 1921. Imagen publicada en su libro *Elogio y nostalgia de Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941.

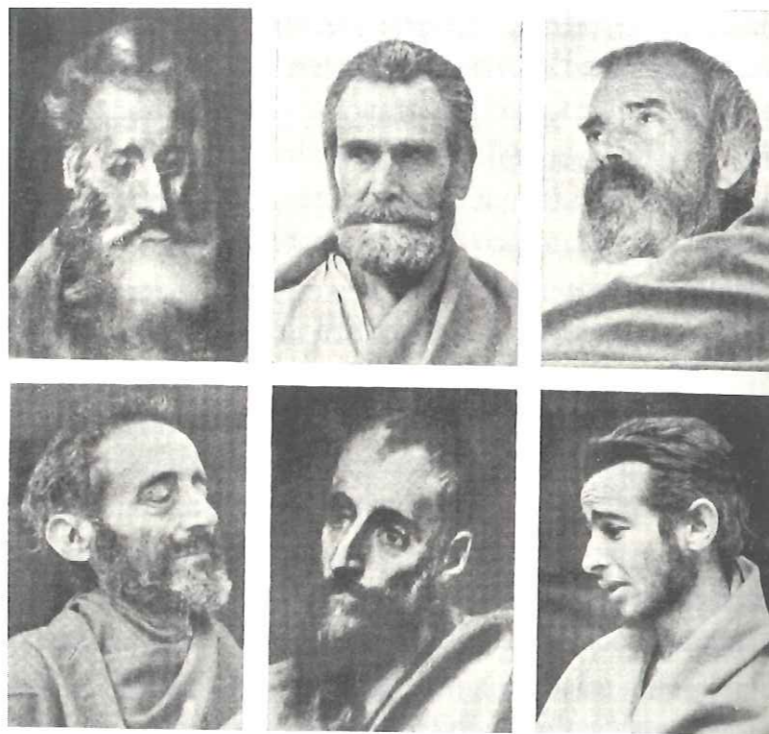
patética actualidad ahora que antes». Cossío, por su parte, a los pocos días del encuentro le envía una larga carta donde manifiesta: «recuerdo con delicia aquella encantadora hospitalidad en su divino Cigarral de Toledo». También se refiere al homenaje que Marañón estaba preparando a Maurice Barrès: «No me parecería bien que cambien ningún nombre de calle. Lo tengo por algo de profanación en cualquier pueblo, pero ¡en Toledo...! Una lápida en el sitio más prominente, todo menos cambio de nombre». Y se solidariza con Marañón ante los primeros embates que sufre de la dictadura de Primo de Rivera y del general Martínez Anido: «Han llegado a mí anteayer las vejaciones de que ha sido usted víctima en su sala del hospital y las prohibiciones de corresponder con Unamuno. Quiero expresarle por ello mi más profundo dolor y simpatía. Si yo pudiera me marcharía de España para trabajar por ella. No pudiendo, nada me sería más grato que dormir y ser de piedra. Y llego a creer que los que sentimos así no hacemos bien en contribuir a nada que suponga o produzca continuidad normal de la vida pública como, por ejemplo, ese homenaje a Barrès. Silencio de muerte y abstracción pétreas».

En las cartas que Cossío envía a Marañón en los años veinte se trasluce una estrecha amistad, plena de afecto y admiración mutua, que discurre con frecuencia en la evocadora paz del retiro toledano. «La dulce nostalgia de los olmos de su acogedor Cigarral», describe Cossío.

Aunque Marañón no perteneció propiamente al núcleo de la Institución Libre de Enseñanza, siempre sintió por ella y por quienes la encarnaban una admiración e iden-

tificación grandes. Cossío lo reconoce cuando le escribe: «A lo que usted dice con razón que “cada cual debe dar a su propia vida una importancia infinita” llamamos los viejos krausistas “el deber que cada cual tiene de hacer de su propia vida una obra de arte”, y el arte tiene aquí todo el valor platónico de bondad y belleza. Ya ve usted si seguimos comulgando».

En 1929, aún en la dictadura de Primo de Rivera, Marañón dedica a Cossío su libro *Amor, conveniencia y eugenesia*, que tuvo que publicar en Argentina. Es un precioso testimonio de la profunda admiración que siente por él, y de su imborrable gratitud por haberle visitado cuando fue encarcelado por el Gobierno de Primo de Rivera en el verano de 1926. La dedicatoria impresa tiene seis páginas y constituye un durísimo alegato contra la dictadura. «Para mí todas las dictaduras son calamidades que se abaten sobre los pueblos [...]. // Y de las dictaduras nos aterra, antes que todo, antes que la posible —y tan posible— agresión de su fuerza desatada, la muerte que perpetra en el espíritu ciudadano de las gentes». El texto constituye «una ofrenda en ocasión del jubileo que sus discípulos celebran con la recolección de su obra dispersa». Y Marañón añade: «conmigo le saludan otros muchos españoles, que tampoco fueron —como yo— sus discípulos directos; pero que acaso tuvieron también presente, una y otra vez, en momentos graves, su silueta recta y austera, destacada sobre el fondo enconado de nuestra España. // Se lo ofrezco también [...] en recuerdo [...] de aquellas horas de su compañía incomparable en las tardes de julio de



1926». Cossío le responde: «Pero, querido Marañón, ¿qué ha hecho usted? ¿Cómo se le ha ocurrido acordarse de mí en esos términos? No me creo digno de esa dedicatoria, que me ha emocionado como si fuera un niño. Y sorprendido y enamorado del regalo me pasa como a aquéllos, que no sé dar las gracias. Dulce emoción del pasado de los que fueron ya, a quienes todo lo debo, y emoción de gratitud a usted, emoción sobre todo de responsabilidad para los días que me quedan. Dios se lo pague...».

En 1930, Cossío se acerca un paso más: «Mi querido Gregorio: permítame que le llame así, como expresión de



Rostros de personajes de cuadros del Greco y de enfermos mentales del Hospital del Nuncio de Toledo reproducidos en el libro de Gregorio Marañón *El Greco y Toledo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

Gregorio Marañón en el patio del Hospital del Nuncio de Toledo disfrazando de apóstoles a los enfermos mentales, 1955. Fotografía de Lara. Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Madrid.

mi cordial afecto. Le he renovado mi agradecimiento y le diría también mi admiración, si la palabra no estuviera tan prostituida... Me conmueve cuando usted en la primavera, y yo en el invierno de la vida, por ella hemos pasado tan lejos uno de otro y casi casi sin habernos visto. Pero nada le agradezco tanto como sus palabras de dulce abandono espiritual en mi regazo. Perdonarle esas tonterías!!! Si es el mayor goce que puede usted darme». Poco después se pregunta: «Muy muy querido amigo, por qué habremos estado tanto tiempo sin conocernos». Y le reitera que recuerda «el domingo en el Cigarral con emoción y deleite. No se lo digo más para no ser pesado».

Cuando Marañón publica y le envía su libro *Tres ensayos sobre la vida sexual*, Cossío responde inmediatamente: «lo voy a leer con el más profundo interés porque el problema ha sido una de las más vivas y constantes preocupaciones de esta casa. Don Francisco [Giner de los Ríos] dejó sin terminar su última *Filosofía del Derecho*, al llegar al capítulo del “Matrimonio”. Se le acabó la vida —y fueron muchos años los que aguardó sin ver claro en este asunto. Esto es significativo y simbólico—. En otra ocasión, respecto al ensayo sobre *Amiel*, que Marañón también le regala, Cossío contesta: «Lo he recorrido con ardor, total, pleno, íntegramente, como se abraza en el amor más puro y verdadero». Y comentando un discurso que Marañón le ha remitido, confiesa: «Con razón suponía yo que todo él era noblemente educador. ¿No permitiría usted que lo reprodujéramos en nuestro pobre boletín? Gocé mucho leyéndolo. Abundante de espíritu, dicho con

claridad, con elegancia, con precisión, y, sobre todo, Dios mío!!!, con llaneza. Lo que hubiera gozado también Don Francisco». Y, una y otra vez, Cossío se refiere a aquel «Cigarral inolvidable» en el que «vivimos en plena simpatía espiritual».

Tras otra de sus estancias en el Cigarral, vuelve a dirigirse a Marañón: «La vida tiene, por fortuna, sus goces de trabajo y sus goces de ocio, ambos igualmente exquisitos. Y entre los segundos, el que ayer me ha regalado su bondadosa amistad ha sido perfecto, de absoluta pureza». Y le transcribe una cita de Giner que Marañón repetiría con frecuencia: «La vida no es triste ni alegre, ni trágica ni cómica, es seria, y con seriedad hay que vivirla». También pregunta: «Pero cuándo y cómo puede usted trabajar tanto y tan bien y estar tan guapo». La amistad casi se había convertido en una relación filial desde los cuarenta años que los separaban, y también se extendía a Lolita Moya, mujer de Marañón, por quien Cossío sentía un profundo afecto.

Con melancolía, Cossío escribe a Marañón el 5 de abril de 1931, días antes del advenimiento de la República: «Hoy, en que hace un año tanto gocé en el Cigarral de los Dolores, quiero enviarle a usted un recuerdo de gratitud y de afecto. Lo único que puede ofrecerle a usted este pobre inválido. Realmente fue, para mí, el último día de placer que he tenido desde entonces... sin dolores». Y, algo más adelante, se queja del profundo cansancio que lo invade: «Vejez? Ineludible crisis de limitación? Vea que no digo renunciación; pero estoy estos días resignándome al abandono de muchas cosas que quisiera haber hecho.

Resignándome con un poco de tristeza, no exagerada. Feliz usted que, como Ulises, va a conocer mucha gente y muchas ciudades». Y se despide con un significativo deseo: «Que la paz y la inquietud le acompañen».

Hoy, la presencia de Cossío permanece viva en el Cigarral de Marañón, allí donde las horas pasan sin herirnos: «Me gusta que en la intimidad, el retiro, el silencio de esa casa, templo de amistad pura, esté mi retrato, porque nadie ha gozado tanto como yo bajo esos viejos olmos». Los olmos de la dulce nostalgia.



Gregorio Marañón, sus hijos Carmen y Gregorio, y el escultor Victorio Macho y su esposa Zoila, entre otros, ante la fachada del Museo del Greco en Toledo, años cincuenta. Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Madrid.